

La manifestación de los niños

Sergio Dantí



Image not found.

Capítulo 1

La manifestación de los niños.

Era una tarde apacible. Julio César Kreutz estaba ante la ventana de su despacho, como tantos otros días de tantos otros años ante la misma ventana del mismo lugar del mismo despacho. En un paréntesis satisfecho en ese atosigado apresurarse sentado que se le había hecho habitual. Mirando el día con un dejo de satisfacción, como si él hubiera tenido la responsabilidad de la belleza del cielo o del brillo del sol en las hojas lejanas de los plátanos. Como diciendo... "¿Te gusta el día? ¡Te lo compro!".

Todo estaba en su lugar. El calendario estaba en su lugar, con los días en su lugar, el reloj con las horas en su lugar, la empresa con los empleados en su lugar y la tarde con el silencio en su lugar.

O no.

No estaba todo tan en su lugar... O no *tan tan tan* en su lugar. En algún lugar lejano abultaba un sonido como de inquietud... Como un "*basso continuo*"... Como un zumbido de gliptodontes que atronaba silenciosamente el aire.

Julio César Kreutz prestó atención, o la atención lo tomó prisionero. Se entregó (parcialmente, como siempre) a la escucha. Al leve asomo de su inquietud. El rumor crecía como un río de hojas verdes movidas por el viento. Pasó a ser un gemido airado. Un grito sostenido y raro. Una alegría comunal y grupal. "*Mmmm... Nada bueno*", pensó para sí y para algún otro que pudiera estar escuchando su pensamiento (en este caso, yo).

De a poco los vio llegar, pero no lo podía creer...

Iban en primera fila los chicos con uniformes, recién salidos de primero, o de cuarto, con la regla de tres rezumando azul bolígrafo en las yemas de sus dedos y el dorso de sus manos. Con las colecciones de maravillas tontas cayendo de sus bolsillos. Con sus ojos asombrosos que él jamás se atrevía a mirar de frente, porque esos ojos veían. Veían de verdad. No como los nuestros, que ya saben lo que están viendo aún antes de verlo y nos han olvidado la sensación de ver con todo el cuerpo. Como una gigantesca caricatura, como miles de enanos tomados de las manos, burlones, tirando sus portafolios por el aire.

Luego venían los que no tenían uniformes. Los humildes. Los pobres. Los humillados... Caminaban sucios, la cabeza gacha, los ojos saltando de baldosa en baldosa por las calles, las miradas subrepticias, que a veces se

enfocaban en las casas... las puertas de los bares... y el suelo.

Poco a poco se iban mezclando. Los miserables. Los inteligentes. Los hijos de la clase media. Los "niños". Con una extrema seriedad en la mirada. No podía ser. ... Y esas voces roncadas... Con un no-sé-qué de piedad y de "no-perdón" en la cara. Con los puños blandidos. Con los duros tiernos puños blandidos... hacia él. Había más. También estaban los humillados pero no los humildes. Los soeces. Los que se empujaban, escupían y se metían los dedos en la nariz. Los de la resistencia quebrada. Los demasiado humillados. Los que ya habían decidido pagar con la misma moneda.

Y de ellos partió la pedrada. La que rompió el vidrio habitual del ventanal de cada día. La que abrió las compuertas del aire fresco y vital de la mañana.

Y pudo oír. Oyó.

Los niños gritaban, con rumor de hombres.

Coreaban, con rumor de álamos.

"¡Queremos un sentido! ¡Queremos para qué!"

"¡Queremos un sentido! ¡Queremos para qué!"

"¡Queremos un sentido! ¡Queremos para qué!"

Sergio Dantí